

Trescientos años

Trescientos años antes, en el mismo lugar, montado sobre los hombros de su padre, el niño alzó los pálidos ojos poblados de asombro y miró el cielo espléndidamente celeste. Una bandada de pájaros trinando cruzó la plaza hasta la copa de un majestuoso árbol.

La orquesta del Ayuntamiento apuró un pasodoble y luego una sardana, antes que el Alcalde suba al escenario de madera, cubierto de oropeles y guirnaldas, que durante la noche había sido montado con rapidez preelectoral.

El templado sol de primavera relucía sobre la nueva y extraña estructura metálica que dominaba el centro de la plaza y brillaba insólitamente sobre el césped recién implantado.

El Alcalde levantó su mano derecha y con un breve gesto ordenó a la banda de música que hiciese silencio.

“-Hoy estamos aquí para inaugurar este monumento, que como los nuevos tiempos mandan, es de acero y perdurará durante cientos de años, que nos sobrevivirá a todos nosotros, como un claro gesto, como una demostración de lo que los ciudadanos de Tarragona somos capaces de hacer...” Un extraño ruido comenzó a surgir de la esquina opuesta. La máquina que lavaba las aceras se acercaba impetuosa. *“-...y al mismo tiempo y en conjunción con esos nuevos aires de modernidad de los que hace gala esta ciudad, inauguramos este hermoso césped sintético. Se trata de la primera plaza pública en el mundo de césped sintético...”* La ruidosa máquina avanzaba con sus cepillos fregando inútilmente las baldosas mientras el agua que surgía de sus entrañas salpicaba y ensuciaba las paredes. *“-...hemos tenido la valentía, a pesar*

de las burdas críticas de los ecologistas, de aceptar el desafío de nuestros tiempos. Escasea el agua y de esta manera, con un césped artificial que no requiere de ella para mantenerse siempre verde y brillante, estamos también colaborando con el ahorro necesario...” El Alcalde tuvo que elevar su voz para hacerse oír por encima del ruido de la máquina y del gorgoteo que provocaban cientos de litros de agua que se perdían irremediablemente por las alcantarillas. *“-Los políticos de la oposición ya nos han criticado...No entienden que estos son los símbolos del futuro. La oposición se conforma con la crítica fácil...No entienden que dentro de trescientos años, nuestros descendientes estarán aquí, admirando este bello monumento de acero y pisando este hermoso césped sintético...”*

El hombre bajó a su hijo de los hombros.

-Déjame tocar el césped, papá...-reclamó el niño.

-No es césped, hijo, solo es plástico...

-Papá...por favor...-gimió a punto de llorar.

El niño no lo sabía, pero él sería uno de los últimos de su especie. Y sin entender el motivo, un nudo se hizo en su garganta. Una extraña sensación de angustia, que nunca antes había percibido, lo estaba invadiendo.

Cerró los párpados.

Un par de lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

Trescientos años después, en el mismo lugar, el micro chip COPRO de conciencia profunda activó los SENAS, los circuitos de sentimientos asociados implantados en su cerebro artificial y entonces, GEO Ex abrió los ojos muy grandes,

con una extraña sensación de asombro que sintió correr a lo largo de sus circuitos integrados.

GEO Ex observó la enorme estructura que aún seguía dominando el centro de la plaza, algo decadente y oxidada, pero aún de pié.

Trescientos años habían servido para que todo atisbo de vida desapareciera de la faz de la tierra, dominada ahora por los descendientes artificiales de los hombres.

El césped sintético relucía con el resplandor de esa mañana primaveral de 56 grados centígrados, pero el sol ya no era visible. Una gruesa capa de nubes de CO₂, N₂O, metano, CFC y cientos de miles de micro partículas químicas permanecían en suspensión en la atmósfera, ocultando los rayos del sol y creando un brutal efecto invernadero que había logrado acabar con la vida.

GEO Ex miró a su alrededor. No le causó extrañeza el absoluto silencio que lo rodeaba, pues desde que había sido creado en la factoría automática del desierto de Sevilla, no había conocido a ningún ser vivo. Ya no había pájaros surcando el cielo y el único ruido perceptible era el apagado zumbido que los androides biosintéticos producían al desplazarse. La creación de androides estaba planificada desde el Gran Computador Central con el solo objetivo de que obtengan la energía necesaria para seguir manteniendo en funcionamiento al Sistema, energía que ya no era fácil de obtener en un mundo casi agotado.

A pesar del avance tecnológico que representaban, aquellos androides seguían un patrón de diseño trazado por los últimos humanos, por lo cual el Gran Computador Central ya los había considerado obsoletos. Los androides biosintéticos eran imperfectos y cometían un inaceptable error: actuaban como el hombre. La inteligencia artificial de la que estaban dotados era una copia de la inteligencia humana, e incluso poseían circuitos compacto-integrados que simulaban sentimientos, alegría, dolor,

llanto..., lo cual los hacía extremadamente débiles, en ocasiones dudaban al tomar decisiones trascendentales y perdían preciosos segundos cuando eran invadidos por inexplicables y estériles sentimientos.

GEO Ex se agachó por un instante y pasó su mano sobre aquel césped brillante de trescientos años. Por una milésima de segundo, los circuitos SENAS emitieron un flash de energía, breve pero suficiente para que se preguntase cómo habría sido el mundo, trescientos años antes, cuando ese césped fue implantado.

Se puso de pie y observó con detenimiento los macizos de flores que llenaban las jardineras del perímetro de la plaza. Geranios de polipropileno de colores intensos. Rosas de PVC que abrían y cerraban sus pétalos. Margaritas de látex de reluciente amarillo y pálido blanco.

Una ráfaga de aire caliente sacudió las ramas de plástico de los sauces artificiales que rodeaban la plaza.

No lo sabía, pero también él era el último de su especie. El Gran Computador Central ya había iniciado la construcción de los nuevos androides, que serían el símbolo del futuro, acorde con los nuevos tiempos, desprovistos de todo atisbo de inútiles sentimientos humanos.

GEO Ex utilizó toda la lógica almacenada en su base de datos sicosomáticos, pero no le sirvió para comprender las extrañas emociones que lo estaban agobiando en ese preciso momento.

Sin entender el motivo, un nudo se hizo en su garganta. Una extraña sensación de angustia, que nunca antes había percibido, estaba invadiendo sus circuitos.

Cerró los párpados.

No quiso, pero un par de lágrimas siliconadas escaparon involuntariamente de sus ojos y se deslizaron por las mejillas biosintéticas.

Hizo un esfuerzo, giró sobre sí mismo y olvidando por completo los absurdos e inexplicables sentimientos que un segundo antes lo habían invadido, continuó su marcha, deseoso de cumplir con las obligaciones que el programa implantado en su memoria le ordenaba.

Pero, incomprensiblemente, unos metros más allá, se detuvo por un instante. Giró la cabeza y volvió a mirar aquella plaza donde una extraña estructura de acero se alzaba oxidada y decadente.

Era como si aquello le trajera recuerdos de una vida que nunca vivió.

Después de todo, de alguna manera, él era el descendiente del hombre.

Su rostro simuló una pequeña y nostálgica sonrisa.

Luego, tras emitir el breve y apagado zumbido de los androides al desplazarse, se mezcló con la multitud de robots que cruzaban la calle y se alejó definitivamente.